

ENTRE LOS INCENDIOS ACTUALES Y LA HISTORIA

Canadá y las escuelas indígenas, el chivo expiatorio de la Iglesia

ECCLESIA

12_07_2021

**Luca
Marcolivio**



En Canadá se está produciendo una lucha épica entre el Estado y la Iglesia. Entre las fosas comunes que han salido a la luz y las iglesias quemadas, como suele ocurrir, la verdad se esconde en los pliegues de la historia.

A finales de mayo se encontraron 215 restos de niños nativos americanos enterrados en una fosa común en los terrenos de una antigua escuela católica en Kamloops, Columbia Británica. La escuela era uno de los muchos internados establecidos en el siglo XIX para la educación de los niños nativos. Al conocer la noticia, durante el Ángelus del 7 de junio, el Papa Francisco expresó su cercanía a la comunidad católica y a todo el pueblo canadiense “traumatizado por la impactante noticia”. El Pontífice había pedido entonces “arrojar luz” sobre un hecho que “aumenta aún más la conciencia del dolor y el sufrimiento del pasado”.

Luego, coincidiendo con el Día Nacional de los Pueblos Indígenas, celebrado en Canadá el pasado 21 de junio, se incendiaron dos iglesias. En un mes se han producido una veintena de incendios y graves actos de vandalismo contra iglesias, la mayoría de ellas católicas. Al menos dos de los incidentes han sido calificados por la policía canadiense como posibles incendios provocados. No hay pruebas, al menos por el momento, de una relación causal entre ambos fenómenos, sobre todo porque el suroeste del país ha sufrido una ola de calor sin precedentes. Sin embargo, es inconcebible pensar que las altísimas temperaturas hayan podido provocar también incendios en lugares de culto.

El incendio tuvo lugar el 23 de junio, en el antiguo Colegio Residencial Indio Marieval, en la provincia de Saskatchewan. No son fosas comunes, sino 751 fosas anónimas. Cadmus Delorme, jefe de la comunidad de Cowessess, lo anunció. “La noticia de que se han encontrado cientos de tumbas sin nombre en la Cowessess First Nation es absolutamente trágica, pero no sorprendente”, tuiteó Perry Bellegarde, jefe nacional de la Asamblea de las Primeras Naciones.

Los representantes de las propias Primeras Naciones esperan una disculpa formal de la Iglesia Católica por su papel en el sistema de escuelas residenciales establecido por el Gobierno canadiense. El “genocidio cultural” fue reconocido en 2015 por la Comisión de la Verdad y la Reconciliación, que estimó que unos 6.000 niños murieron en estas escuelas. Los jóvenes alumnos de las escuelas católicas o de otras confesiones cristianas, según los denunciantes, eran mantenidos en pésimas condiciones higiénicas, maltratados, sometidos a una inculturación forzada y, a veces, sufrieron abusos.

El primer ministro canadiense, Justin Trudeau, desde que asumió el cargo en 2015, ha apretado el acelerador en la investigación y ha impulsado una serie de iniciativas en conmemoración de las víctimas. Ha sido de nuevo Trudeau quien ha pedido una disculpa formal del Papa Francisco. El primer ministro canadiense ha asegurado haber hablado con el Pontífice “personalmente”, insistiendo en “lo importante que es no sólo que se disculpe, sino que se disculpe con los indígenas canadienses en suelo canadiense. Sé que los dirigentes de la Iglesia católica –ha añadido Trudeau- están estudiando muy activamente qué medidas pueden adoptarse”.

De hecho, algunas peticiones de perdón ya se han dado, sin ningún orden en particular, en los últimos 30 años. Los primeros en pedir disculpas en nombre de los católicos, en marzo de 1991, fueron los obispos de la Conferencia Episcopal y los jefes de las órdenes religiosas que habían participado en los internados; luego, en julio del mismo año, se produjo una disculpa específica de los Oblatos de María Inmaculada, que habían administrado la mencionada escuela en Kamloops hasta 1969. También en 2009, el Papa Benedicto XVI expresó “su dolor por la angustia causada por la deplorable conducta de algunos miembros de la Iglesia en Canadá”. Tras los descubrimientos de las últimas semanas, el arzobispo de Vancouver, monseñor Michael Miller, “pidió sinceras y profundas disculpas a los supervivientes y a sus familias, así como a todos los afectados posteriormente, por la angustia causada debido a la deplorable conducta de aquellos católicos que perpetraron malos tratos de cualquier tipo en estos internados”. El prelado acusó entonces a la “política colonialista” que en el pasado “ha causado estragos en los niños, las familias y las comunidades”.

Mientras tanto, el encuentro entre el Papa Francisco y las comunidades indígenas de Canadá, previsto para el 17-20 de diciembre puede ser un paso concreto hacia la reconciliación. La Conferencia Episcopal Canadiense asistirá a la reunión en el Vaticano, junto con representantes de las Primeras Naciones, los métis y los inuit. Alabando el compromiso del Pontífice de “escuchar” a los pueblos indígenas y “responder” a su sufrimiento, los prelados expresaron la “sincera esperanza de que estos próximos encuentros conduzcan a un futuro compartido de paz y armonía entre los pueblos indígenas y la Iglesia católica en Canadá”.

Pero, ¿es realmente la Iglesia la única que debe pedir perdón? La realidad de los hechos es, como se ha dicho, más compleja. Las escuelas de las fosas comunes y los cementerios no eran unas escuelas católicas cualquiera, sino que se llamaban “escuelas de asimilación”: a partir de 1863, las instituciones, dirigidas por católicos o miembros de otras confesiones cristianas, estaban destinadas a la inculturación de unos 150.000

niños indígenas en total. Una gran parte de los jóvenes alumnos fueron apartados de sus familias, en nombre de un proyecto colonialista, cuyo primer impulso, sin embargo, provino del Gobierno canadiense. Dieciséis diócesis participaron en el proyecto y, en un momento dado, alrededor del 60-70% de las escuelas de asimilación eran católicas.

El último internado cerró definitivamente en 1998. Aunque puede haber habido violencia directa, según algunos relatos, muchos niños murieron de hambre, frío o enfermedad debido a la ineficacia del Gobierno, que no proporcionó suficiente ayuda a las escuelas.

Mientras tanto, el mes pasado Trudeau ha reiterado que aceptaba la conclusión de una investigación según la cual Canadá habría cometido un genocidio cultural contra los pueblos indígenas. A pesar de haber prometido la reconciliación con los pueblos indígenas, Trudeau ha gastado casi 100 millones de dólares en sus primeros años de mandato desafiando a las Primeras Naciones en los tribunales. A continuación, ha trasladado toda la culpa del genocidio cultural a la Iglesia cuando, en realidad, las escuelas acusadas participaban en un proyecto eminentemente gubernamental financiado por el Estado canadiense.

Sin embargo, incluso en la Iglesia hay quienes se niegan a ser chivos expiatorios. El propio presidente de la Conferencia Episcopal Canadiense, monseñor Richard Gagnon, arzobispo de Winnipeg, ha advertido sin tapujos en una reciente homilía que “hay una persecución en marcha”. Según Gagnon, el papel de la Iglesia en este asunto se ha visto enturbiado por numerosas “exageraciones” y “falsas ideas”. Declaraciones que, como era previsible, han levantado un avispero de controversia, en particular entre las comunidades nativas.

Una historia muy triste, en la que, en el banquillo de los acusados, queda como siempre sólo un sujeto: la Iglesia. Sigue habiendo un silencio ensordecedor sobre la responsabilidad del Estado.